



ALICIA SORNOSA

360 GRADOS

UNA MUJER, UNA MOTO Y EL MUNDO





ALICIA SORNOSA

360 GRADOS

UNA MUJER, UNA MOTO Y EL MUNDO

à

BANDAÀPARTE
WANDERLUST

Primera edición, febrero 2017

© Alicia Sornosa
© Diseño de cubierta: Pedro Peinado
© Diseño de colección: Pedro Peinado
www.pedropeinado.com

Edición de Antonio de Egipto y Marga Suárez

Bandaàparte Editores
www.bandaaparteeditores.com

ISBN 978-84-946129-2-3

Depósito Legal CO-53-2017

Este libro está bajo Licencia Creative Commons



Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.
+info: www.es.creativecommons.org

Impresión: Gráficas La Paz.
www.graficaslapaz.com

El papel empleado para la impresión de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible, desde el punto de vista medioambiental, económico y social.

Impreso en España

*A mis padres y hermanos, sin su apoyo
ningún viaje hubiera sido posible.
A mis amigos de Madrid y las chicas de Riaza por
la ilusión que me regalan en todo lo que emprendo.
A Clara por guiarme en la escritura.*

En recuerdo de mi abuela Paca y mi perra Thai.

*Nada es casual en esta vida, solo tenemos que alargar
la mano para atrapar nuestro destino y no dejarlo pasar.*



CAPÍTULO 1

EL TREN DEL DESIERTO AUSTRALIANO.
«DEMASIADOS MILLONES DE COSAS PARA UNA MAÑANA».
AUSTRALIA. FEBRERO.

El tren se mueve casi en silencio. Las gigantescas ventanas tienen las cortinas a medio bajar. El asiento de mi derecha está vacío.

Silencio.

Mis ojos se vuelven a cerrar casi sin darme cuenta. Me veo sumida en uno de esos momentos de duermevela en los que es fácil pensar. «¿Qué hago yo aquí?». Me propongo contestar a esta pregunta de una vez. «¿Qué hago yo aquí?», me repito.

Silencio. El tren se mueve casi en silencio.

La luz se torna anaranjada a través de los inmensos ventanales. El asiento de mi derecha sigue vacío. «Quizás alguien lo ocupe en la siguiente parada... aunque para dormir es mejor así», pienso.

Estoy en Australia, en uno de los trenes turísticos que recorre el *outback*, el territorio desértico del noroeste del país. Un tren que me lleva desde Perth hasta Adelaida. Llegué a este país hace cinco días. Sola. En avión. Sin mi moto. Comienza para mí un nuevo viaje, una nueva vida que no sé cómo va a acabar. Tampoco sé muy bien cómo empezarla.

La primera impresión sobre este país y continente no ha sido muy buena. El taxista que me llevó de madrugada desde el aeropuerto hacia el hostel donde me alojé me aconsejó que tuviera cuidado en ese barrio:

—Mire, qué le voy a decir yo de mi país, de esta ciudad. Perth es pequeña, muy ordenada y limpia, es segura, pero donde usted va no es un buen sitio. La gente normal vive en casas de una planta y usted va a un edificio de varios pisos, no es un buen sitio —insistió—. Allí habitan unos seres primitivos, toscos, alcohólicos e inservibles —me continuaba contando con un tono de superioridad en la voz—. Allí viven los aborígenes, el eslabón perdido entre el hombre y el mono. Son peligrosos, ¿me comprende? —continuó, sin darse cuenta al mirar por el retrovisor de mi absoluto asombro ante sus palabras.

Efectivamente, los edificios como el de mi hostel eran muy distintos al resto de las casitas que anidaban en los bordes de las carreteras y calles, era una mole de cemento con más de diez pisos. Estaba en un barrio donde vivían los más pobres, los aborígenes, y donde se alojaban

los extranjeros de paso, como yo. Nunca olvidaré al chico de piel morena y cabello rubio platino que parecía obsesionado con subir y bajar en el ascensor hora tras hora, ni a los aborígenes que charlaban animadamente en unos escalones del parque frente a la puerta del hostel y que tras horas bebiendo alcohol acababan casi catatónicos.

El taxista me había repetido una y otra vez, en un horrible inglés, que no saliera por ahí, que me metiera rápidamente en la habitación. Pero al final no fue para tanto. Tras caer muerta en una pequeña cama de una diminuta habitación con una mínima ventana clausurada, llegó la mañana y me dediqué a conocer la bonita, limpia y ordenada ciudad de Perth en un autobús gratuito.

El tren se detiene poco a poco. Las ruedas chirrían y la gente comienza a despertarse. Suben las persianas de lona. Está amaneciendo.

Me estiro y saco mi cuaderno de viaje. Me he propuesto escribir en él mientras dure este trayecto de tres días en tren. No tengo nada mejor que hacer, así que me obligo, una vez más, a responder a la pregunta: «¿Qué hago yo aquí?».

ESPAÑA, MAYO.

ANTES DEL VIAJE.

Nunca imaginé que iba a hacerlo así. La verdad es que siempre había soñado con dar la vuelta al mundo en velero, en un barco de doce metros de eslora, con blancas telas y madera bajo mis pies descalzos. El mío era uno de esos sueños románticos que muchos tuvimos a los veinte años para evadirnos de la vida real, justo cuando empezábamos a ser adultos y el maravilloso mundo sin obligaciones en el que vivíamos comenzaba a desmoronarse. Nunca imaginé, ni por un instante, cumplir ese sueño viajando en moto.

Hace dos años y gracias a un buen trabajo en televisión (soy periodista) conseguí ahorrar lo suficiente para comprar una moto trail. Así adquirí a Paca, nombre con el que la bauticé en honor a mi querida abuela Francisca. Subida en ella acudí a una productora donde me habían contratado para grabar la voz en *off* de unos documentales sobre aves migratorias que se emitirían en televisión. Estaba en Madrid, era el último día de grabación de las locuciones.

Esa misma tarde le conocí y todo comenzó a suceder hilado, como en una película bien hecha.

Al llegar a la productora me senté en uno de los cómodos sillones de piel blanca de la recepción. Mientras bebía por una pajita el gazpacho del tetrabrik me dediqué a observar. Gente que entraba y salía, gente que venía a trabajar a esa súper productora... Yo me preguntaba

si habría más periodistas mujeres que, como yo, prestaran su voz para aquellos menesteres, ya que la mayoría de las voces de los documentales solían ser masculinas. Resultó ser el día de las cosas poco probables. Por lo que pude observar una chica venía a grabar parte de un documental junto a otra que, por su forma de actuar, parecía dirigir el cotarro. Una tercera, rodeada de moscones, pasó a toda prisa delante de mí con unos cables en la mano.

Salí de mi ensimismamiento al escuchar unas voces. Vi a un tipo muy atractivo, de cuerpo fibroso, ni alto ni bajo, de cabello negro y abundante con una barba de tres días estratégicamente desaliñada. Muchos parecían conocerle y le daban la enhorabuena a base de palmaditas en la espalda o fuertes apretones de mano seguidos de un abrazo. Sus movimientos eran nerviosos, como si creyera que todos le observaban. Me quedé mirando descaradamente a aquel hombre que hablaba sin parar en un tono muy alto y que saludaba a todo el que se acercaba a él.

En ese instante, una insistente bocina me hizo salir a la calle para comprobar si mi moto molestaba. Fue un acto reflejo, ya que estaba sobre la acera y era improbable que estorbase a nadie. Todo estaba en orden, excepto porque había otra moto de trail junto a la mía, que me pareció enorme. Acerqué disimuladamente mis manos al motor, comprobando que aún estaba caliente, y deduje que era del hombre que acababa de entrar. Volví a la amplia recepción de la productora y me acerqué a una papelera de metal plateada para tirar el brik ya vacío. Haciendo que pareciera una coincidencia, hice por cruzarme en su camino.

Conseguí mi objetivo. Al hablarme deduje que creyó que yo era una de las secretarías de producción, además le noté a la legua que quería ligar conmigo. Me explicó que era ornitólogo y que venía a mostrar las imágenes recopiladas en su último viaje por África, donde descubrió no sé qué pájaro que está al borde de la extinción. Por lo visto andaba preparando unas nuevas rutas para seguir a esas redescubiertas aves migratorias. Su primer libro sobre estas águilas milenarias había sido un éxito y estaba deseando partir de nuevo para hacer un documental, sumando mucho más material al que trajo de África. Tras unos diez minutos de charla insulsa, me regaló un ejemplar de *Un millón de aves*, del que estaba muy orgulloso. Se lo agradecí, le expliqué que no era secretaria y le dejé allí, con la historia sobre su libro entre los labios.

«Un millón de elefantes», sonreí al recordar el blog de viajes de mis amigos Noelia y Rafa. «Demasiados millones de cosas para una mañana», pensé.

Aquella misma noche se celebraba la cena por el final de la grabación. Allí me encontré con mucha gente conocida, como un expiloto del Dakar que había participado en la toma de imágenes de África, otros periodistas, estudiosos de las tribus del continente africano, edi-

tores y algunos viajeros veteranos. Después de cenar, salimos a la calle a tomar algo. Frente al hotel de la celebración había un bar con una barra de cristal donde casi todos se dedicaron a contar sus historias, bebiendo algo y riendo sin parar.

«El Pajarero», como había bautizado yo mentalmente al tipo que me encontré en la productora, se llamaba en realidad Pedro. Vino a mi lado en cuanto me vio acercarme y se empeñó en que tomara un chupito con él. Insistió una y otra vez, pero no consiguió convencerme. Yo tenía que estar perfecta al día siguiente para aprovechar al máximo mi moto; salía a hacer *off road* con unos amigos para aprender a moverme por tierra y la resaca no es buena compañera del equilibrio. Además, iba acompañada de un buen amigo y no quería dejarle tirado.

«Al Pajarero se le ha visto el plumero», me dije mientras subía a mi moto, tras conseguir, por fin, escaparme del evento.

Al día siguiente, durante la ruta *off road*, mientras aprendía técnicas para levantar la moto del suelo, conducir por arena o atravesar un río, mi móvil no dejó de vibrar dentro del bolsillo de mi chaqueta. Después de tanta insistencia, de tanta llamada perdida, aprovechando un descanso cerca de un riachuelo, acabé sintiendo curiosidad, al sacarlo volvió a sonar en mi mano.

Era Pedro. Me invitaba a cenar. Me había visto montarme en la moto al salir de la productora y sentía curiosidad. Y fue aquella noche cuando me ofrecí, de forma gratuita, a poner mi voz en *off* en sus últimos videos sobre las aves migratorias europeas que había estado siguiendo.

Las tardes en la productora fueron muy divertidas e intensas. Al final, aquel tipo y yo hicimos buenas migas. Pedro se mostraba encantador, generoso, sensible y, como a mí me gustan los hombres, buen bebedor de cerveza. Así, entre grabaciones, cenas y cervezas pasaron los días. Era verano y las terrazas de Madrid estaban a rebosar, el calor de la noche hacía más apetecible aún tomar una fresca cerveza acompañada de unas tapas. Pasábamos la noche hablando de la vida, del dolor de la pérdida de los seres queridos, de mi perro, de uno que tuvo él...

¿De dónde viene tu amor por las aves? –le pregunté una noche entre caña y caña.

A Pedro se le llenaron los ojos de lágrimas, tomó aire, le dio un trago a su jarra y, apoyando el codo sobre la mesa e inclinando su cabeza hacia mí, comenzó a contarme la historia con la que conseguiría ablandarme el corazón.

–Mi abuelo siempre se ocupó de mí. Todas las tardes de verano, en el pueblo, metía en una cesta una cuña de queso, su cuchillo y un buen mendrugo de pan. Lo único moderno que había en esa cesta eran una botellita de Fanta de naranja calentorra y unos prismáticos –me

explicaba él con un nudo en la garganta—. Y así, día tras día, nos pasábamos las horas muertas sentados bajo un tosco techo de ramas que nos escondían de la astuta mirada de las aves. Mi abuelo me enseñó a distinguir sus cantos y a distinguir machos y hembras por el color de su plumaje.

—Qué bonita historia. Mis abuelos también me cuidaron mucho. Mi moto se llama Paca por mi abuela.

—Murió mientras yo estaba de juerga —su voz sonó desgarradora—. Fue hace tres años. Yo debía hacerme cargo de él. Solo tenía que pasar conmigo ese fin de semana. Le di de cenar y le dije que regresaría pronto a casa. Él no se encontraba bien pero no le hice demasiado caso porque quería cepillarme a una tía. Cuando regresé bien entrada la madrugada me metí en mi cama y por la mañana, cuando fui a despertarle, estaba frío y nunca pude volver a hablar con él, no me dio tiempo a despedirme. Cosas de la juventud...

Le quitó hierro a lo sucedido pero no volvió a sonreír en toda la noche. Yo me sentí muy mal por haber sacado el tema. En aquel momento, mi mala cabeza decidió que Pedro era un ser especial y tierno y que acabaría enamorándome de él. La pena es que en unos meses salía de viaje, un viaje largo que comenzaba en África y continuaba por Asia. No le vería más...

Pero no sería ese el fin de la historia. Una madrugada en una terraza del castizo Madrid de La Latina, en medio del jolgorio de extranjeros y foráneos, con una jarra de cerveza en la mano, me pidió que le acompañara en su nuevo viaje. A cambio, debería hacer sus fotos, videos, editar, mandar notas de prensa, utilizar mis contactos de medios de comunicación para dar a conocer su trabajo, etc. «Te dejaré acompañarme durante un año», me dijo. La verdad es que me pareció un poco abusivo trabajar tanto sin cobrar, pero a cambio podría hacer ese viaje en mi propia moto. Pintaba bien el reto y acepté.

Reflexioné varios días antes de contárselo a nadie. Quería estar segura de lo que iba a hacer. Tendría que dejarlo todo y lanzarme a la aventura con alguien a quien realmente no conocía de nada. Dejaría mi casa de alquiler, mis colaboraciones en los periódicos y revistas, a mi adorado perro con mis hermanos y padres... pero la balanza siempre se inclinaba hacia el lado de la aventura.

Él me había hecho sentirme especial, valiente, grande. Seríamos un estupendo equipo, una empresa al alza. Tal vez era lo que necesitaba en ese momento, estancada en Madrid y soñando con una vida diferente. Tal vez simplemente era yo la que proyectaba aquello en él. Pero estaba segura que era la llave que quería tener para mi vida. Cuando lo tuve claro, decidí contárselo a mis amigas. Ellas alucinaron, era una locura, no sabía realmente nada de aquel tipo pero a mí me parecía cono-

cerlo de toda la vida, estaba segura de que no me ocurriría nada malo. Pasaron los días y Pedro y yo ya habíamos hecho alguna excursión juntos con las motos, y aunque aún no habíamos tenido más intimidad que buenas charlas al lado de una cerveza y una tapa, por lo que decía y cómo lo decía parecía un gran tipo, una persona generosa, culta, educada y amable.

Llegó el mes de junio y la partida prevista para septiembre se acercaba a toda velocidad. Nuestra amistad iba viento en popa y, de pronto, una noche, dimos el gran salto en un pequeño hotelito de Madrid. Fue una noche muy divertida. Me pareció un buen amante, a falta de pulir determinados tics que, supuse, vendrían de una anquilosada relación de varios años. Caí en sus redes tan a gusto.

Pasaron varias semanas en las que cada vez me iba enterando más de la vida de Pedro, temas que no me cuadraban, y como no lo hacían mi mala cabeza lo desestimaba mandándolo al archivo del fondo del todo, clasificado como lo que no hace falta mirar aún.

Amigos. Eso sí era raro, el tema de los amigos.

Pedro casi no los tenía y me extrañaba de una persona tan amable, sensible y divertida. Uno de ellos era Simón, un tipo guapete y de poblada barba rubia que regresaba de observar la reproducción y cría de los chochines, un ave endémica australiana. Divertido y simpático, Simón parecía su único amigo. Más adelante conocí a otras dos personas más a las que llamaba amigos, aunque a mí no me lo parecieron. Pero como yo seguía deslumbrada por su locuacidad, continué archivando las señales que Pedro me enviaba y que recibía mi subconsciente.

Una tarde de domingo me explicó que se iba de viaje unos días al norte de Europa, donde ya había llegado el charrán ártico. En tres semanas estaría en Madrid de nuevo, para entonces me exigió que dispusiera de los mismos patrocinadores que él y que la productora confirmara su apoyo a mi candidatura a acompañarle. Según Pedro, le había costado más de cuatro años que le hicieran caso y no quería perder ese apoyo, por eso se aseguraría de que todo fuese confirmado. Lo que él ignoraba era que en esta productora ya me conocían por mi trabajo durante más de veinte años, así que esa puerta estaba abierta. En cuanto al dinero, debía recaudar unos treinta y cuatro mil euros, pero no llegué ni a dieciséis mil. No le di demasiada importancia ya que el viaje era entre dos y él me había prometido que yo solo pagaría la diferencia de una habitación individual a doble.

Entre otras tantas promesas...

Poco a poco, levantando teléfonos, escribiendo *mails* y yendo de aquí para allá con una estupenda presentación bajo el título *El seguimiento de las aves migratorias*, que me había currado para el viaje, conseguí que los medios de comunicación que conocía supieran de mi futura

aventura. Algunos se interesaron en publicarla, unos en seguirla... otros, en cambio, no daban ni un duro por mi viaje en moto, pese a ir acompañando a un ornitólogo reconocido en su mundillo. Aun así, seguí insistiendo, pregunté a algunos amigos y conseguí que diversas empresas relacionadas con los medios audiovisuales me diesen algo de dinero. Con lo recaudado, mis ganas de aventura y el apoyo de mi familia, sentí que estaba lista para partir.

Tres semanas antes de la fecha de salida, Pedro volvía de su viaje por el norte de Europa. Por teléfono, en los últimos días, había estado más distante de lo normal y me había llevado algún que otro disgusto. Como aquel día en el que me soltó un «si quieres viajar conmigo, tienes que firmar el papel que te voy a mandar». Aquel escrito me comprometía a realizar mi trabajo, a hablar a los medios siempre de «su» expedición y a nombrarlo en cada entrevista o reportaje que hiciera. Si incumplía nuestro compromiso, estaría fuera de la ruta. La verdad es que no entendí nada. Me pareció tan fuera de tono que le pregunté (hasta en tres ocasiones) si realmente quería viajar conmigo. Él siempre dijo que sí.

Me respondía que estaba seguro y que quería que lo acompañara, deseaba compartir conmigo su viaje y enseñarme todo lo que sabía. Ansiaba «ver el viaje a través de mis ojos». Incluso me confesó que estaba enamorado y que sabía que yo era la mujer de su vida. Y a mí, que nunca me habían dicho eso, me faltó tiempo para creérmelo a pies juntillas. Pese a todo, no pude deshacerme del disgusto. En el fondo, reconocí una tarde a mi amiga Iratxe que estaba un poco asustada y, a pocos días de la partida, comencé a plantearme si debía ir o no. Ocurrió lo de siempre: como soy muy cabezota y me encanta terminar lo que empiezo, decidí, definitivamente y sin vuelta atrás, que iría pasara lo que pasara. Ya me las apañaría por el camino si no salía bien. Por suerte, contaba con el apoyo incondicional de mis amigas. Tras unas largas charlas con ellas, decidí echar en la mochila un plan B.

—¿Qué plan B, Sofía? ¿Qué plan B? —me preguntó Iratxe una vez más.

—Pues está claro...

Mi respuesta fue rápida y sincera: mi plan B sería viajar sola. ¿Qué remedio, no? Aunque Iratxe no lo veía tan claro como yo. ¿Qué tenía ese hombre que yo era incapaz de ver lo que todo el mundo veía? ¿Qué me ocultaba tan bien que yo no lo encontraba ni queriendo? ¿Era mi grado de deslumbramiento tan atroz que no veía más allá de mis narices? El tiempo me daría la respuesta.

El momento de partir llegó sin darme cuenta. Emprendimos el viaje tras un acontecimiento muy divertido: una reunión de ornitólogos en unos lagos pirenaicos. Allí conocí a muchos de los amigos de hoy en día y comencé a darme cuenta de dónde me había metido.

El primer choque con la realidad fue la moto. Mi moto. Estaba cargada hasta los topes, tanto que pesaba cien kilos más de lo normal. Ni siquiera fui capaz de mover la cabeza a los lados cuando me subí en ella por primera vez. Un amigo de mi hermano, un hombre grandote, expiloto de motos de carreras, se ofreció a acompañarme hasta los lagos. Venía detrás de mi montura, por la carretera de Zaragoza, alucinando con lo mal (o lo poco, mejor dicho) que era capaz de moverme sobre ella. Paramos muchas veces, yo conducía con demasiada tensión, agarrando fuertemente los puños, con el consiguiente dolor de manos. Pensaba que no sería capaz de controlar esa moto con tanto peso, me dolían los brazos, las muñecas y el cuello. Pero él insistía en que me relajara y me divirtiera. Yo no era capaz. Pilotaba tiesa como un palo.

Los dos días siguientes, entre pájaros, lagunas, montañas y motos, fueron muy entretenidos. Nuestra partida despertaba mucha admiración. Sobre todo yo, pues muchos sabían de mi poca experiencia en la conducción. No me sentía valiente, como algunos me describían, sino una inconsciente sobre una pesada carga. Desconocía lo que iba a ocurrir y cada vez me escamaba más la forma de ser de Pedro, que iba cambiando según se aproximaba el gran día. Pero, como siempre, acabé obviando las señales.

A los tres días, en el puerto de Barcelona, nos incorporamos a la fila de acceso, ya de noche, para subir a un ferri con destino a Roma. Bajé con cuidado de la moto, poniendo con especial precaución la pata de cabra. Miré hacia arriba y observé la puerta a la libertad. La entrada a la bodega de ese barco me pareció una gran ballena con la boca abierta. Me acuerdo de estar en la segunda posición de una fila interminable de vehículos, detrás de otro motorista, emocionada. Había llegado el momento de partir, de salir de la península. Podría durar un año o más... o tal vez menos, pero era una vida nueva, sin la seguridad de una casa a la que llegar cada noche, sin el apoyo de mis amigas, siempre tan importante para mí, sin el cariño de mis hermanos y familiares, sin mi querido perro, sin nada, pero con toda mi vida en el bolsillo, toda para mí, para moldearla a mi manera y vivirla como una persona libre. Todo estaba por estrenar: mi verdadera relación con Pedro, mi moto... Tendría que aprender a manejarme con los 280 kilos que llevaba entre las piernas tanto en asfalto como sobre tierra. En la arena, en el barro, bajo la lluvia... Incluso perfeccionaría mi olvidado inglés por el camino.

Vería el mundo.

Eso era lo que más me atraía, lo que me haría superar todos los obstáculos, las piedras y los momentos de debilidad.

Ver el mundo... Sonaba tan bien...